

ENTREVISTA

"Mi padre me hizo jurar cuando yo tenía 16 o 17 años que nunca me dedicaría a la política. Porque él tuvo una experiencia tan mala, quedó tan amargado de su paso por la política, que me recomendó que nunca aceptara un cargo"



"De pronto era rico. Yo era tremendamente altruista. La primera posibilidad era: cojo el dinero y me lo gasto con actrices de Hollywood, me compro un yate para dar vueltas al mundo con señoras guapas o me lo gasto en Montecarlo en el casino..."

(Viene de la página anterior)

—¿Qué conclusión sacó de sus años de trabajo en África? Da la impresión de que por muchos organismos de ayuda que se creen la situación no cambia. Ahora tenemos a Somalia. Las personas normales podemos dar una pequeña aportación, usted pudo dar más, pero aquello no mejora.

—Es una situación muy lamentable. Yo siempre estoy contra el pesimismo.

GOBIERNOS TERRIBLES

—¿Pero ha mejorado África desde que usted llegó en los 60?

—¡¡No!! Ha empeorado. Hay países que mejoraron en los años 70, pero en los 80 y 90 África ha empeorado de una manera dramática. Y ha empeorado por muchas razones. La primera, que dirían los economistas, es que las materias primas han caído. Se han encontrado con que sus exportaciones valen mucho menos. Después, ha habido un problema de corrupción y de mala gestión muy importante. En la época en que yo era responsable de aquellos 45 países había tres donde los gobiernos eran terribles. Tengo unas anécdotas horribles, incluso de haber pasado peligro de muerte. En algunos de estos países tuve unas aventuras increíbles con el dictador de Uganda, Idi Amin, y con Bokassa, el de la República Centrafricana, que son ahora muy divertidas de contar, pero que me hicieron pasar mal en aquellos momentos. Entonces había estos dos horrores y luego el famoso Macías de Guinea, que era un personaje siniestro. Los demás gobiernos eran en general bastante decentes. Pero luego hubo una serie de deterioro y corrupción. La corrupción ha sido muy mala. No sólo por detraer fondos, sino porque ha creado una especie de pasividad y de desánimo en la comunidad internacional que antes ayudaba a África con ilusión y ahora ha dicho, bueno esta ayuda va a ir a los bolsillos de unos pocos, a sus cuentas suizas. Se ha creado un ambiente de gran pesimismo del que es muy difícil salir. Yo no puedo ser muy

optimista a corto plazo en cuanto a África. Yo tengo fe —que no tenía entonces—, en que Suráfrica va a evolucionar y a servir de polo de desarrollo para el resto. —¿Tiene que haber un cambio de actitud del Norte rico hacia el Sur, de los gobiernos?

—Sí. Yo creé Frida con la idea de que fuera un banco de desarrollo de industrias de mano de obra. Tenía otra idea —tampoco quiero ser megalómano, yo sólo no puedo acabar con estos problemas—, que presenté en las Naciones Unidas cuando tenía alguna influencia allí, para poner coto a la corrupción de contratos de Obras Públicas. Propuse crear una agencia de la ONU que controlase todos los gastos y las inversiones de estos países para asegurarse que lo hacían al coste mínimo y que toda la ayuda extranjera iba realmente a su destino. Entonces el Norte tendría más confianza en que el proceso de ayuda iba a ser más eficaz y se destinarían más recursos. El mundo es muy egoísta y ahora con la crisis, la desaparición del comunismo y las necesidades de capital en los países de Este se ha olvidado a los países pobres.

—¿Usted no tuvo la tentación de meterse en política para hacer algo más en ese cambio de situaciones injustas? ¿El ejemplo de su padre, ministro con la República, no le tentó?

—En cierto modo, sí. Yo estuve en un momento en puestos importantes del Banco Mundial y tuve influencia en el aparato de las Naciones Unidas, en cierto modo me sentí un poco político. Tenía que abrir grifos y convencer a jefes de estado. En cuanto a política en España, mi padre me hizo jurar cuando yo tenía 16 o 17 años que nunca me dedicaría a la política. Porque él tuvo una experiencia tan mala, quedó tan amargado de su paso por la política, que me recomendó que nunca aceptara un cargo político. Cuando Fernández Ordóñez creó su partido, el PAD, me pidió que le ayudase. Estuve ayudándole desde la distancia. Le acompañé a Estados Unidos porque él no conseguía ver a Ted Kennedy, quería ver si había alguna posibilidad de financiación de su partido desde Estados Unidos. Yo tenía contactos y conseguí una entrevista con Ted Kennedy. Luego él se convenció de que no

había ninguna vía y negoció muy bien su integración en el PSOE. Luego he tenido otros amigos en la política, como José María Maravall. El no tiene buena experiencia. El se vió envuelto en la ejecutiva del PSOE y a partir de ahí no pudo salir. La vocación suya es ser catedrático, pero no uno normal, sino estar en la élite mundial en su especialidad, la sociología política.

DESENCANTO

—¿Su padre quedó amargado?

—Mi padre quedó muy traumatizado por el paso de la segunda república, la guerra, por el hecho de que en su pueblo hubo más de cien asesinatos. Muchos de los muertos eran amigos suyos. El tenía una ideología mucho más de izquierdas, como se demuestra hasta el año 30, de lo que correspondía a su partido, el de Lerroux, que hizo la coalición con la CEDA. Mi padre fue ministro de la guerra todo el año 34. El no era especialmente de izquierdas, pero hubo muchos de su partido a los que asesinaron los nacionales en Los Santos de Maimona. En otros casos fue al

revés. A él, probablemente, si lo hubieran encontrado, lo hubieran matado en los dos lados. Unos, por republicano, y otros porque él era ministro cuando se declaró la revolución de octubre. Entonces estaba muy traumatizado. Viví los años de la posguerra y luego el desencanto con el franquismo. Hubo una época en que él esperó en que el franquismo evolucionase hacia una democracia.

—De todos modos, usted al pertenecer a una clase alta, ha sido un privilegiado, se salvó de las penurias de la posguerra que vivieron muchos españoles y por descontado, extremeños.

—Mi padre vivió una penuria relativa. El tenía una situación económica fantástica antes de la República. Yo he visto sus cuentas, que llevaba su secretario particular, y mi padre tenía cuando empezó la república tres millones y medio de pesetas. Era una cifra enorme, una barbaridad. Y el año 34, cuando dejó de ser ministro, estaba en números rojos. Tenía esa honradez fantástica. Entonces sí que era imposible encontrar los chanchullos que pasan ahora. El pagaba de su bolsillo los gastos de representación del Ministerio. Y por supuesto todas las campañas y viajes. Aparte de que era un hombre muy generoso. Lo que le salvó a mi padre es que mi abuelo materno, el judío, cuando vió venir a Hitler se dió cuenta que tener un pasaporte alemán no era bueno. Y en el 34 pensó en cambiar la nacionalidad y decidió hacerse español. Llamó a sus colaboradores para que le dijeran a quien conocían para que le facilitase la nacionalidad. Uno conocía a mi padre, como ex ministro de la guerra y antiguo miembro del tribunal de la Haya. Se pusieron en camino hacia España, mi abuelo con su hija, y así se conocieron mi padre y mi madre en el 35. Y el pago de ese favor restableció otra vez las economías de mi padre. Pero luego llegó la guerra y mi padre se quedó casi sin nada. Mi padre vivió muy estrechamente. En mi casa no tuvieron automóvil hasta el año 59 o 60. No tuvimos un nivel de vida muy alto.

"Presidir el Consejo Social ha merecido la pena"

Diego Hidalgo recuerda que el cargo de presidente del Consejo Social de la Universidad de Extremadura casi se lo impuso el ministro Maravall, después de que él rechazara tajantemente entrar en el consejo de la Complutense. Pero con Extremadura era otra cosa y no podía negarse. Seis años después, reconoce que "ha merecido la pena" y se siente justamente orgulloso de presidir un consejo que funciona mucho mejor que el de otras universidades. El atribuye el mérito no a su trabajo, sino a personas como Juan Iglesias Marcelo, Julio Yuste y a los representan-

tes de los sindicatos, que lo han hecho muy bien.

Su ilusión por la Universidad de Extremadura la comparte con la Corporación Empresarial, un organismo que él contribuyó a crear. Diego Hidalgo relata que hace unos años el Rey le preguntó su opinión sobre el futuro de Extremadura, y él le expresó su pesimismo: alejada de las vías importantes de comunicación y con el empresariado reticente a invertir en ella debido al supuesto izquierdismo de su gobierno. "El Rey me dijo que no estaba de acuerdo con esa visión y me hizo otra interpretación optimista: el aislamiento no era

tal, porque Extremadura está dentro del triángulo Madrid-Lisboa-Sevilla; es región prioritaria para recibir fondos europeos y en cuanto al diálogo entre el Gobierno extremeño y los empresarios no te preocupes, me dijo don Juan Carlos, yo me encargo de que hablen. Y así fue".

Diego Hidalgo está convencido de que la marcha de la Corporación es buena, "a pesar de que el presidente Ibarra me decía que iba muy lenta", apunta. "Yo estoy seguro de que en dos o tres años algún proyecto grande va a caer; lo que no se puede pretender es que dé unos frutos inmediatos".